

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XI

Julio de 1934

Núm. 109

Ernesto Montenegro.

## Apreciación de D'Halmar



**S**ALUDAMOS a Augusto d'Halmar a su regreso a la patria. Lo saludamos en nombre de esa patria ideal que llevamos en lo mejor de cada uno de nosotros, y que es, a fin de cuentas, la que hace justicia—justicia tardía pero duradera. Le damos la bienvenida junto con esta generación joven, que ya le admiraba y le leía antes de conocerle en carne y hueso, así como entre nosotros todos le queríamos y algunos le imitábamos en la hora plástica de la mocedad. El juicio de dos generaciones es ya un anticipo de la posteridad, y ese juicio reconoce en d'Halmar a un hombre leal a su vocación; al escritor chileno que ha sido por encima de todo el artista, y sólo incidentalmente algunas cosas más.

Los caminos del mundo han espolvoreado de blanco su cabeza. Vuelve a nosotros con el ojo más quieto y la voz más grave; pero eso es todo. La misma vibración estremecida se acusa en la red de sus nervios, agitándole al menor contacto hasta la punta de los dedos, como a

instrumento siempre afinado, tanto en la vigilia como en el sueño. Siendo un hombre de quien puede decirse (lo que no podríamos decir de la mayoría de las gentes), que ha vivido cada uno de los momentos de su vida, su alma sigue fresca y niña, porque él no la ha desgastado en la menuda codicia de las cosas percederas.



Mientras reposa el caminante, le examinamos como a hurtadillas, encomendándonos más que a nuestros ojos a la certera intuición de la simpatía. Sí, ciertamente, su mirar es más reposado, en su ademán hay más serenidad, y una ligerísima curva de cansancio en su sonrisa. Con la imaginación vemos recortarse su alta silueta, nítidamente contra el cielo, a punto de descender la cuesta de la cincuentena. Hemos viajado por sendas divergentes, pero aquí estamos en la encrucijada a donde al fin conducen todos los caminos del mundo. Un espacio de treinta años nos separa de aquella primera etapa. Cada uno por su lado hemos visto pueblos remotos, hemos sondeado ricas y añejas literaturas; hemos vivido a nuestro turno ideas, pasiones, horas de exaltación y de desaliento. Pero no es la certidumbre de mi propia experiencia lo que me acerca al viajero, sino la revelación gozosa de que los duros aprendizajes de treinta años, que pudieron hacer de él un extraño para mí, son precisamente lo que me ayuda a comprenderlo mejor.

—Aquí estoy con vosotros, parece decirnos su gesto

confiado de centinela que al volver a casa deja el arma en su rincón y se abandona al reposo entre los suyos. Héme aquí; soy el mismo, siendo muy otro del que partió. El mundo me tomó; luché a brazo partido con el mundo, en ese gesto apretado que expresa tanto la lucha como el amor. El mundo me ha herido y me ha amado; pero, porque la vida me hirió junto con darme goces, hoy, ya hombre maduro por la experiencia y siempre joven por la esperanza, la vida es más mía que nunca y yo soy más que nunca de la vida.

Eso dice a mi examen este hombre de densa cabellera blanca, a quien vengo a imponerle el suplicio metódico de verse juzgado de viva voz y de cuerpo presente y viviente. Juzgar a un escritor es juzgar a un hombre dos veces. Vemos el ser de sangre y nervios, y en torno a él y por encima de él esa proyección ideal que constituye su personalidad articulada, su obra. Al hombre le tocamos, oímos su voz, seguimos a través de su mirada las fases cambiantes de su ánimo. Pero cuando encaramos su obra, esa porción visible y sin embargo incorpórea de su alma, ella se nos escapa por entre los dedos.



Un grupo de comadres, en la esquina asoleada de la plaza del pueblo, ve pasar a una muchacha con vestido nuevo, y esgrimiendo las lenguas como tijeras, moralmente la desnudan por la espalda, junto con enumerar los nombres de sus amantes y mofarse del mal gusto de

su costurera. Y algunos críticos, en los rincones mal ventilados de las revistas, toman la obra virgen de un escritor, la violan entre gestos soeces, y le atribuyen siete diferentes padres a cada una de sus imágenes, siete diferentes intenciones a cada una de sus ideas. ¿Cuál es el pecado más imperdonable, qué juicio el más temerario?

Y, sin embargo, con plena conciencia de ese feo vicio de juzgar al prójimo sin la mansa voluntad de ser juzgado, voy a llevaros por algunos minutos hasta el castillo interior de este artista, con la cándida ilusión de que a la vista de sus cimientos os expliquéis mejor la gracia aérea de su arquitectura. Quisiera comenzar por hacer patente ante vosotros el milagro que encarna la frescura del prestigio de d'Halmar a lo largo del tiempo y la ausencia. ¿Cómo hacerlo? Mis medios son demasiado simples y mi información no muy segura. Me confiaré, pues, una vez más a esa intuición que sirve de único puente entre la realidad visible y las realidades del espíritu, de lo imponderable y lo inefable.

Hablemos tan llanamente como sea posible. La firmeza del prestigio de d'Halmar entre la juventud chilena se explica por el mérito de haber sido el escritor nacional que puso mayor suma de vida interior en sus personajes. La creación literaria es tanto más convincente cuanto los gestos y las palabras de que aquellos están animados responden mejor a un móvil interno, tal como nos ocurre a nosotros mismos. Sin esa vida interior las tragedias de Shakespeare no serían otra cosa que me-

lodramas policiales, y las novelas de Dostoyewsky una prosa periodística harto incolora.

En la propia niñez de Augusto d'Halmar podríamos hallar la razón de su madurez precoz. De niño ha aprendido el gesto estoico de la pobreza decente; el sentirse cabeza de familia cuando todavía se añora el regazo materno; y la meditación se hace en él, no una segunda naturaleza, sino la más imperiosa, la que prima sobre todas.

Poseído de un temperamento rico y de una fantasía intensa hasta la alucinación, se habitúa desde temprano a vivir en su fuero interno una realidad que planea sobre la actualidad precaria en que vegeta. Muéstrase luego en él, con más fuerte relieve que en la mayoría de nosotros, la doble naturaleza de que está hecho el hombre, y particularmente el artista. Sibarita para los días afortunados y de ascética frugalidad en las horas ordinarias, se va componiendo con los libros una sociedad a su gusto, el gran mundo de sus predilecciones. En vez de comenzar por poner la vida ambiente en sus ensayos novelescos, él se complace en amoblar la desnuda existencia de un muchacho chileno, en el Santiago de 1900, con la rica decoración y la densa atmósfera espiritual de las obras maestras universales de fines del siglo. Una a una van llegando a sus manos las novelas de Daudet, Loti y Maupassant, traducidas en las primorosas ediciones ilustradas de Jubera de Barcelona; y se va sintiendo por turno el Fulanito de Petit-Chose; la gentil y patética Desiderata, y sobre todo Jack, el huérfano que

sale a afrontar el mundo con su pantaloncillo de terciopelo y con el estómago vacío. Luego vendrá Zola, y entonces d'Halmar será Sandoz y tendrá en su puño de adolescente la crítica pictórica del Salón Oficial de Chile, sin más conocimiento que el de las estampas litográficas de los Museos de Europa. Llegarán a su turno a prestarle compañía la arrogante poesía de los diálogos de Ibsen y la prosa crepuscular de Maeterlinck. Aparecerá luego la palabra nostálgica de Andersen, quien, por haber nacido en el cubil de un zapatero en un país de nieblas, se place en decorar sus cuentos de hadas con carrozas de oro macizo, jardines eternamente floridos y soles primaverales.



¿Qué halla entonces d'Halmar en el Santiago de 1900? Una Alameda donde canturrea la música rural de las acequias a tajo abierto. Una doble fila de casas con fachadas con mármoles y dorados, que muestran todavía en los mojinetes el canelo y el reboque de barro de la Colonia. Damas que bajan de sus victorias de ocho muelles para hundir sus preciosos tacones en el fango de las callejas mal pavimentadas a trechos con piedra de río. Faroles humeantes en cada esquina; el sastre o la tienda de novedades de París alternando con la bodega de forrajes o la picantería que exhibe sus manjares entre las rondas voraces de moscas.

En el orden de las cosas espirituales, la vida santia-

guina muestra la misma violenta solución de continuidad. No hay muchos centros de cultura dignos del nombre. Los clubs literarios que animaron antaño Lastarria y sus discípulos, ya desvanecidas las efervescencias políticas, cerraron sus puertas con la última revolución. De 1890 a 1900 la educación pública está absorta en chapurrear la pedagogía alemana; los estadistas buscan con fría pachorra una fórmula inspiradora en las páginas de la *Revue des Deux Mondes*. La idea fija de los pintores y escultores consiste en lograr una medalla en las ferias artísticas de París; y los escritores jóvenes escriben en «La Ley» y en «La Tarde», calcando el modelo frágil de Arsene Houssaye, Jules Claretie y Catulle Mendès.

Advirtamos a tiempo que don Alberto Blest Gana permanece radicado en Francia, y que no ha publicado nada desde «Martín Rivas». «Durante la Reconquista» no se conoce todavía, y Orrego Luco tampoco ha escrito «Casa Grande». Los cuentos mineros de Baldomero Lillo son meros trazos al carbón en la fosca fantasía del futuro escritor, y las Páginas Chilenas de Angel Pino no pasan todavía de juguetones bosquejos de estudiante. «El Roto» es apenas la mueca del Niño Diablo en el sanguíneo temperamento de Edwards Bello. Dublé Urrutia, antes de escribir «Del Mar a la Montaña», ensaya el verso de Garcilaso con el ritmo rotundo de Núñez de Arce. Pedro Antonio González, Bórquez Solar y Francisco Contreras se dividen en otros tantos

jirones la capa bohemia de Rubén Darío, y Manuel Magallanes todavía no desata por el dolor la plenitud de su vuelo lírico. «Un Juez Rural» no ha nublado aún la sonrisa de Pedro Prado. Federico Gana apenas se despereza en la siesta de sus relatos campesinos, y Pezoa Véliz chapotea aún por los bajos fondos del romanticismo, antes de arrojarse en la corriente caudalosa y algo turbia de su propia vena.

En tales circunstancias ha comenzado a escribir Augusto d'Halmar. En *La Tarde* de los hermanos Irarrázaval, al lado de *Nadir*, cronista festivo, el joven Thomson empieza a pergeñar sus crónicas callejeras o de arte, con esa escrupulosa y lúcida atención que puso siempre en sus escritos. (Si le hubiéseis llamado joven en aquellos días, seguramente le hubiérais ofendido, porque este hombre a quien la vida ha enseñado el secreto de la propia estima, tuvo siempre la conciencia de su dignidad, que es como atestiguar ante nosotros mismos el respeto que sentimos por los dones que vienen de los dioses. Esta dignidad es el ángel de la guarda del artista. Y ella se manifiesta, hoy como ayer en d'Halmar, en el aliño decoroso del vestir, en el cuidado de la expresión, tanto escrita como hablada, y en esa tendencia tan suya que le llevó entre sus paisanos adustos a hacer un arte más de su conversación).

La vida literaria de Santiago se refugia en las veladas del Ateneo, donde d'Halmar triunfa doblemente, como autor y como *diseur*, con sus *Monólogos* y sus cuentos. Una revista literaria, *Pluma y Lápiz*,

agrupa a un puñado de cuentistas y poetas: Guillermo Labarca, Miguel Luis Rocuant, Leonardo Pena, Dublé-Urrutia, Víctor Domingo Silva, Bórquez Solar; pero el estímulo es tan débil, que su editor, Cabrera Guerra, ha de ir recortando liberalmente de otras revistas de América para llenar sus páginas. Por ese tiempo Thomson funda, con ayuda de Alfredo Melossi, *Instantáneas*, y en seguida aparece *Luz y Sombra*, que va luego a refundirse con la anterior en un solo cuaderno ilustrado. A su lado acude más tarde esa generación que nos ha dado una obra firme por la convicción y el entusiasmo, por el esfuerzo concienzudo y el honrado deseo de hacer tanto obra de interpretación nacional como de expresión individual: Santiván, Maluenda, Barrios, Latorre, Mondaca, Guzmán, Max Jara, de la Vega, y una buena docena más.



¿Queréis venir un rato conmigo? Augusto d'Halmar, a los 25 años, nos convida. Estamos en una cervecería del centro; pero no es el jarro rebosante de espuma lo que nos trajo en su compañía. Augusto viene con un libro bajo el brazo, y aunque el nombre del autor no nos dice nada, conocemos el fino paladar de su dueño. Luego, sentados a la mesa redonda, con los codos afirmados en los bordes y la barbilla en las manos, vemos animarse en sus palabras unciosas un paisaje semi-tropical de las montañas de California; aparecen desgre-

ñados mineros de hablar sentencioso y la mano pronta para alcanzar el cinturón de donde cuelgan sus trabucos; y así, en un rincón apartado de una taberna santiaguina, trabamos amistad con el *Socio de Tennessee* y con todo ese mundo sentimental y brutal de *Bret-Harte*. El obscuro techo artesonado, los parroquianos rozagantes, el vaho de la cachimba que Thomson tiene en la mano, le bastan para sentirse en un *bierrhalle* de *München* o *Heidelberg* en los buenos días de los *Meistersinger*. Augusto está en carácter.

Justamente diez años más tarde, en un quemante y reseco verano de California, llego a *Placerville* con un accidental compañero de excursión, y alcanzamos hasta el lecho pedregoso del *Río Americano*, muy semejante a nuestros esteros del valle central. Estamos en el mismo sitio donde el infortunado *Marshall* descubrió la primera pepita, y de donde se extendería por la tierra, como las llamas locas de un incendio, esa fiebre del oro que tan a menudo sólo se apaga con sangre, y que al mundo moderno sólo le dejó por herencia los naranjales californianos y los *Bocetos Californianos*. Yo llevo esta vez bajo el brazo el volumen de *Bret-Harte*, en el idioma original; pero ahora tengo a la vista la realidad cruda del suelo, en el cual no se ve otra cosa que «picados» borrosos y maquinarias comidas por la herrumbre. Ahora conozco las narraciones realistas de *Mark Twain* y de *Stewart Edward White*; sé cuánto hay de artificioso en las baladas dickensianas y el humorismo patético de *Bret-Harte*; he tratado a los nietos

y nietas de aquellos mineros fantarrones, inescrupulosos y generosos; sé ya que el nombre de cierto lugar es Poker Flat y no Poker Fléit, como decía aquel maravilloso lector de la cervecería santiaguina; y con todo, no vuelvo a hallar en parte alguna aquella emoción profunda y serena, como el vuelo de una canción en el recogimiento de la noche, que subía de las páginas del libro, cuando la voz de d'Halmar arrancaba de ellas, al igual que de un instrumento obediente, la rústica oración fúnebre del Socio de Tennessee, que a través de la comunión del arte nos hacía sentirnos a todos los oyentes hermanos del minero y también hermanos compasivos del salteador, su socio.

No queda, pues, después de todo, sino la magia del arte, y la vida que se renueva cada día. Nos queda además esta ilusión desconcertante de no sentirnos envejecer, y de asombrarnos por haber creído a los veinte años que la cuarentena era la edad vetusta, imposible de decrepitud. Hoy sabemos que todos los frutos del arte rinden su beneficio en la vendimia del Señor; y que también nuestras pobreza y nuestros dolores son estímulos necesarios para que podamos saborear mejor el instante de la dicha. Sabemos ya que la alegría es buena y que el dolor también es bueno. Hemos aprendido la conformidad ante la ley del misterio y a aceptar los bienes del vivir como un presente real para el corazón agradecido. Y acaso esta misma ligera fatiga que viene con el declinar del día, no haga sino más grato el sueño del reposo final.

La vida ha llevado lejos a d'Halmar, para que ahora pueda sentirse más dentro de la patria. Estos grandes rodeos nos sirven para abarcar mejor lo que teníamos junto a los ojos. Los viajes y las lecturas y las observaciones en lenguas extrañas a la nuestra, nos han servido también a nosotros para apreciar con más justeza y en una totalidad más comprensiva, la literatura nacional. Gracias a esa salida de nosotros mismos podemos adquirir algo de la percepción con que nos sorprenden los extraños, al descubrir en los nuestros el parecido de familia, que a menudo pasó inadvertido para nosotros. En la literatura de un país es así posible trazar el árbol genealógico, pese a los transplantes y a los injertos, hasta hacer converger las ramas más distantes al tronco ancestral, regado por una misma savia.

Turgéniev dijo una vez que todos los escritores rusos de su generación habían salido de bajo el Capote de Gógol. Este agudo juego de palabras hecho sobre una de las pequeñas narraciones maestras de la literatura rusa, podría aplicarse a nuestro caso en la medida del tiempo y del valor proporcional de dos familias literarias. ¿Quién podría desconocer a la Biblia, por ejemplo, como la más vigorosa maestra de estilo y de una actitud espiritual para todo el mundo que se llama cristiano? Ninguna literatura escapa acaso a esta ley, a esta severa investigación de la paternidad. La crítica, y no siempre, sólo reconoce una suerte de expósito, el genio. Gógol sería uno de esos genios que saltan por encima de las generaciones, pero que no escapan tampoco a la ley

humana. Místico y sensual, trágico y cómico, él responde al fin a la doble naturaleza del hombre; y al dar la vida a una generación literaria que va del masoquismo de Dostoyewsky al ascetismo rebelde de Tolstoy y el paganismo de Pushkin, alcanza al propio Turgéniev y sus hidalgos rurales; a Lermontov, Bunin, Chekov y Gorky, y vuelve a entroncar con las hondas huellas del pesimismo estático de Oriente y su delirante mutabilidad externa.

Grande es el salto de aquellos mundos al nuestro, y más de alguno temerá que en la aventura vaya a romperse la columna vertebral de este ensayo. No haya temor, sin embargo. No voy a condenar a d'Halmar a ponerse el *Capote* de Gógol. Pero, ¿no es verdad que ustedes ven tan bien como yo una sola familia literaria chilena en la generación de 1900 a 1910? D'Halmar es el animador. Su obra no está lo suficientemente madura todavía para dar fruto y semilla. De su persona, de su palabra, sale el impulso inspirador antes que la fórmula concreta. Genio y figura le acompañan. Su persona, alta y esbelta, hace recordar a uno de esos jóvenes pastores rebeldes de sus lecturas de Bierson. Con una voz de puro registro, una melena ensortijada, una corbata flotante, crea entre nosotros el tipo intermedio del bohemio-gentleman. Sus ojos grises y algo hundidos en las cuencas, parecen mirar más para adentro que al mundo de la feria cotidiana. Pero esa mirada abstraída en apariencia es, sin embargo, experta en desenrañar la comedia de los caracteres. Fácilmente impre-

sionable al parecer, debió ser en realidad un temperamento habituado al análisis de las emociones vividas, recordadas o imaginadas. Debió haber sido el Hamlet en una hipotética compañía criolla de dramas, y al igual que John Barrymore en su primera juventud, pudo haberse creído predestinado a desentrañar los matices de su enigmático papel a lo largo de toda su carrera.

Pero la suerte nos lo tenía reservado para iniciarnos en los secretos de la escritura artista, como se decía en los tiempos de los Goncourt. Antes habíamos tenido algunos escritores de temperamento e imaginación, como Pérez Rosales, Ambrosio Montt y Vicuña Mackenna; oradores del vuelo lírico de Isidoro Errázuriz o de la firmeza mental de Balmaceda; pero nuestra literatura estaba ayuna de psicología, de vida interior. Las letras chilenas abundan en tipos genéricos; faltaban los caracteres de excepción. En este sentido, al menos, la figura de d'Halmar asume contornos de precursor. Si no enteramente original, tuvo por lo menos la virtud de un catador artista. D'Halmar señala en todo caso, para nuestra generación y la siguiente, el camino por donde de Loti se pasa a Proust.



Uno de los menos fanáticos entre los oráculos de la nueva psicología, el Dr. Jung, divide a todo el género humano en dos haces: los intravertidos y los extravertidos; los que hallan el estímulo emocional y creador

dentro de sí, y los que buscan fuera la materia prima y alimentan su imaginación con el espectáculo de la vida exterior. D'Halmar nos mostró cómo el escritor puede hacer converger y confundirse en una personalidad el mundo de sus lecturas y el mundo ambiente, plasmando el todo con su propio sello. Su temperamento super-sensible a las sugerencias extrañas y a la vez imperioso en afirmar su propio dominio, nos hace pensar en esas nuevas películas de doble exposición que, gracias a un filtro ingenioso, permiten ahora tomar una vista de París o de Timbuctú, e ir luego a superponerle la fotografía de los actores de Hollywood, para obtener por este procedimiento una vista compuesta en que se funden el paisaje exótico con el personaje local en la proyección de la pantalla.

Los hábitos mentales de este escritor dejaban en sus amigos de la juventud la impresión de un misterioso alambique de donde destilara gota a gota el zumo de las ideas y las sensaciones. He aquí un hombre, solíamos cavilar, que no se contenta con escribir lo que siente y lo que ve, sino que vive lo que lee y lo que imagina. Y sus sucesivas encarnaciones en tipos de Daudet, Andersen, Tolstoy, Loti... y D'Halmar, no hacen más que acusar el hecho de que las ultra realidades del arte y del pensamiento han sido amenudo para él más estimulantes que la mera realidad que venía a golpear a sus sentidos.

Tomemos un poema breve de *Transeúntes*, y hallaremos en lo externo la obra de un auditivo, de un

escritor oracular. Una vez que ha extraído de cada palabra todo lo que ella puede dar de substancia sensual y poder evocador, cada una va quedando como tirada al azar, y lo cierto es que ha sido pesada en una balanza para metales finos, luego de rociarla con ácidos enérgicos que la maceran hasta reducirla a sus componentes primitivos. La solicitud amorosa del artista ha saltado de una palabra a otra como los dedos del devoto por las cuentas del rosario. No, para tal escritor las palabras no pueden ser meras asociaciones fonéticas, sino almas sutiles y complejas, que es menester desentrañar a fin de extraer de ellas una vida más rica y una emoción más pura.

¿Más pura? Yendo ahora al fondo de las cosas, yo creo que también en esto d'Halmar nos lleva mucho camino adelantado. Como artista ha comprendido que las palabras tienen un pudor muy suyo, y que este pudor consiste en sentirse tanto más dueñas de sí mismas cuanto más desnudas están. Y así con los sentimientos. En su Responso a Pezoa-Vélis nos confiesa: «Acostumbraba rumiar las cosas buenas y las malas, deteniéndose con preferencia en éstas, como nos ocurre a algunos!» ¿Es acaso la delectación morosa que condenan los teólogos? Probablemente; pero reconozcamos que es una tentación preciosa para el artista y el psicólogo llegar a descubrir de repente ese mundo sublunar del libido y los complejos del subconsciente, y no arrojarse en el laberinto a explorar la flora mareante de sus cavernas.

En la obra anterior de d'Halmar, su novela *J u a -*

na Lucero, publicada allá por 1902, debe tomarse pues más bien como un alarde juvenil que como la expresión espontánea de su naturaleza. Pero como todo en nuestra vida, hasta lo que pueda parecernos más insignificante o accidental, nunca resulta falto de fundamento, esa historia intencionadamente áspera y no desprovista de emoción, de una mancebía popular en aquella época en que el sereno santiaguino apagaba por última vez su farol y se encendían los primeros mecheros de gas en los arrabales, fué la protesta henchida de una generación que echaba mano del naturalismo para vapulear con un garrote bastante duro la hipocresía y la complacencia de la vida criolla.

Después vinieron obras más ceñidas, más acabadas. «La Lámpara en el Molino» es una novela de la vida estática, hecha de sugerencia y de recuerdo. Esa lámpara que arde hasta la alta noche en el torreón de un molino abandonado, al linde del pueblo, seguirá ardiendo con el mismo trémulo brillo en la vida del escritor. Su obra sucesiva en el extranjero no cambia el fondo de su perspectiva espiritual, porque al enriquecerlo en el detalle, y hasta al hacerlo dueño de una ironía castiza, es decir picaresca, deja en pie al d'Halmar de antes y de siempre. En su diario de viaje por el Oriente y por Italia, en «La Sombra del Humo en el Espejo» (característicamente lo inasible, algo más y algo menos que la sombra de una sombra), da la sensación de una película de almas y lugares que pasan ante un espectador inmóvil. Su filosofía parece advertirnos a ca-

da paso que lo importante no es lo que ocurre en torno nuestro, sino lo que pasa dentro de cada uno de nosotros.

Así llegamos, por gradación armoniosa, a «La Pasión y Muerte del Cura Deusto», Ya el título nos advierte que cada criatura humana ha de ser crucificada con los clavos de sus propias pasiones. En este caso, al igual que el que insinúan con tan piadosa nobleza de artista «La Muerte en Venecia» de Tomás Mann o *The Well of Loneliness*, de Mrs. Hall, o algunas obras de André Gide, ciertas pasiones se redimen por el sufrimiento, por la orfandad espiritual a que sirven de escape.



¿Con qué palabras podríamos resumir la obra humilde por la concentración y altiva por la perseverancia, de d'Halmar? El poeta. Sí, un poeta que gasta en dar la más fina intención posible a las palabras, esa energía que otros gastan en cazar la rima o la imagen extravagante o sorpresiva. Un poeta es un hombre capaz de afrontar la realidad y vaciarla en el molde de su fantasía. Un poeta es un hombre que piensa con el espíritu. Ese es d'Halmar. Perdonémosle que suela embriagarse con sus propias palabras, como el fraile que en el sótano del monasterio saborea demasiado el zumo de las parras y de las yerbas de la montaña con que prepara sus cordiales. Perdonémosle su divagación, para que él quiera

perdonarme el que haya intentado medir la proyección de sus sueños con la vara de esta prosa. A él le debemos mucho; horas espléndidas de emoción, indecibles de encanto por la música de las palabras y por la reverencia del arte que supo infundir en derredor. Su simpatía más constante ha sido para las vidas frustradas y para los destinos que no se colman. ¿Y qué destino se colma antes que llegue la Muerte, la Impasible, la ajustadora de todas las cuentas? Dejemos en paz a este hombre para quien ha sido más capitoso el vino añejo de la amistad que el mosto agridulce del amor; que Robinson más que cualquiera de nosotros, en su ínsula, no ha hecho más que escribir su diario de destierro a la luz de cada nuevo día. Se reincorpora por un tiempo más o menos largo a su tierra, a nuestra tierra, donde los frutos parecen tener un sabor más a nuestro paladar y las palabras del idioma común a la raza, un acento más cargado de intención para nuestro oído. Se abren muchos brazos para recibirlo, reconociendo en d'Halmar un artista que ha sabido permanecer fiel a sí mismo, y que por ello ha acrecentado la herencia patria.